

3º DOMINGO DE PASCUA / C

Tema

La liturgia de este Domingo nos recuerda que la comunidad cristiana tiene por misión testimoniar y realizar el proyecto liberador que Jesús inició; y que Jesús, vivo y resucitado, acompañará siempre a su Iglesia en esa misión, vivificándola con su presencia y orientándola con su Palabra.

La primera lectura nos presenta el testimonio que la comunidad de Jerusalén da de Jesús resucitado. Aunque el mundo se oponga al proyecto liberador de Jesús testimoniado por los discípulos, el cristiano debe obedecer antes a Dios que a los hombres.

La segunda lectura presenta a Jesús, el “cordero” inmolado que venció a la muerte y que trajo a los hombres la liberación definitiva; en un contexto litúrgico, el autor sitúa a la creación entera proclamando, ante el “cordero” victorioso, su alegría y su alabanza.

El Evangelio presenta a los discípulos en misión, continuando el proyecto liberador de Jesús; pero avisa que la acción de los discípulos sólo será coronada con el éxito si saben reconocer al Resucitado junto a ellos y se dejan guiar por su Palabra.

1. **Primera lectura: Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 5, 27b—32. 40b—41**

En aquellos días, el sumo sacerdote interrogó a los apóstoles y les dijo: «¿No os habíamos prohibido formalmente enseñar en nombre de éste? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.» Pedro y los apóstoles replicaron: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. La diestra de Dios lo exaltó, haciéndolo jefe y salvador, para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen.» Prohibieron a los apóstoles hablar en nombre de Jesús y los soltaron. Los apóstoles salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús.

1.1 **Ambientación**

Entre 2,1 y 8,3, el Libro de los Hechos presenta el testimonio de la Iglesia de Jerusalén acerca de Jesús. Los comentaristas acostumbran llamar a los capítulos 3-5 la “sección del nombre”, pues insisten en el anuncio del “nombre” de Jesús (cf. Hch 3,6.16;4,7.10.12.30;5,28.41), esto es, del mismo Jesús (el “nombre” era un apelativo con que los judíos designaban al mismo Dios; designar a Jesús de esa forma, equivalía a decir que él era “el Señor”). Ese anuncio, hecho en condiciones de extrema dificultad (a causa de la oposición de los líderes judíos), es, sobre todo, realizado por los apóstoles.

En el texto que se nos propone, se presenta el testimonio de Pedro y el de los otros apóstoles acerca de Jesús. Presos y liberados milagrosamente (cf. Hch 5,17-19), los apóstoles volverán al Templo para dar testimonio de Cristo resucitado (cf. Hch. 5,20-25). De nuevo hechos prisioneros, conducidos a la presencia de la suprema autoridad religiosa de la nación (el Sanedrín) y recibiendo la prohibición de dar testimonio de Jesús, los apóstoles responderán presentando un resumen del kerigma primitivo.

1.2 **Mensaje**

La cuestión principal gira alrededor del enfrentamiento entre el cristianismo naciente y las autoridades judías. La frase de Pedro: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (v. 29) debe ser vista como el tema central; define la actitud con la que los cristianos son invitados a asumir la oposición del mundo.

En cuanto al resumen doctrinal de los vv. 30-32, no presenta grandes novedades doctrinales en relación con las otras formulaciones del kerigma primitivo acerca de Jesús (presentado de forma más desarrollada en Hch 2,17-36, 3,13-26 y 10,36-43): muerte en cruz, resurrección, exaltación a la derecha de Dios, presentación como salvador y el testimonio de los apóstoles por la acción del Espíritu. En este contexto, sobretodo se acentúa, más que en otras formulaciones, la responsabilidad

del Sanedrín en el escándalo de la cruz y la contraposición entre la acción de Dios y la acción de las autoridades judías en relación con Jesús.

Por lo demás, la oposición de los hombres pone de relieve la realidad sobrehumana del mensaje y su fuerza, que no puede ser detenida, y el dinamismo de esa comunidad animada por el Espíritu. Si Jesús encontró oponentes y murió en cruz, es natural que los apóstoles, fieles a Jesús y a su proyecto, se encuentren con la oposición de esos mismos que mataron a Jesús. Por eso, los verdaderos seguidores del proyecto de Jesús, animados por el Espíritu, están más preocupados por su fidelidad al “camino” de Jesús, que por las órdenes o intereses de los hombres, aunque sean los que mandan en el mundo.

1.3 Actualización

Para reflexionar y actualizar la Palabra, considerad los siguientes datos:

■ La propuesta de Jesús es una propuesta liberadora, que no pacta con esquemas egoístas, injustos, opresores. Es un mensaje que cuestiona, transformador, revolucionario, que rechaza todo lo que genere injusticia, muerte, opresión; por eso, es una propuesta que es rechazada y combatida por aquellos que dominan el mundo y que oprimen a los débiles y a los pobres. Esto explica bien por qué el testimonio sobre Jesús (si es coherente y verdadero) no es un camino fácil de gloria, de reconocimientos, de honores, de popularidad, sino que es un camino de cruz. No tenemos, por tanto, que admirarnos si el mensaje que proponemos y que el testimonio que damos no encuentran eco entre los que dominan el mundo; tenemos que cuestionarnos e inquietarnos si no somos molestados por aquellos que oprimen y que esclavizan a los hermanos: eso querrá decir que nuestro testimonio no es coherente con la propuesta de Jesús.

■ ¿Cuál es nuestra actitud, en concreto, ante aquellos que “asesinan” la propuesta de Jesús y que construyen un mundo del que está ausente la forma de pensar de Dios: es de miedo, de debilidad, de sumisión, o de denuncia firme, llena de coraje y valiente? ¿Para nosotros, qué es más importante: obedecer a Dios o a los hombres?

Salmo 29 Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa.

Tañed para el Señor, fieles suyos, dad gracias a su nombre santo; su cólera dura un instante, su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo.

Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme. Cambiaste mi luto en danzas. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre.

2. Segunda lectura: Lectura del libro del Apocalipsis 5, 11—14

Yo, Juan, en la visión escuché la voz de muchos ángeles: eran millares y millones alrededor del trono y de los vivientes y de los ancianos, y decían con voz potente: «Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza.» Y oí a todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra, bajo la tierra, en el mar —todo lo que hay en ellos—, que decían: «Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos.» Y los cuatro vivientes respondían: «Amén.» Y los ancianos se postraron rindiendo homenaje.

2.1 Ambientación

La segunda parte del Libro del Apocalipsis (capítulos 4-22) nos presenta aquello que podríamos llamar “una lectura profética de la historia”: el autor presenta la historia humana desde una perspectiva de esperanza, mostrando a los cristianos perseguidos por el imperio que no hay nada que temer pues la victoria final será de Dios y de los que se mantengan fieles a sus proyectos.

El texto que se nos propone forma parte de la visión inicial, en la que el “profeta” Juan nos presenta a los personajes centrales que van a intervenir en la historia humana: Dios, trascendente y omnipotente, sentado en su trono, rodeado por el Pueblo de Dios y por toda la creación (cf. Ap 4,1-11); después, el “libro” donde, simbólicamente, se encuentra el designio de Dios acerca de la humanidad (cf. Ap 5,1-4); finalmente, se nos presenta al “cordero” (Jesús), aquel que detenta la totalidad del poder

(“siete cuernos”) y del conocimiento (“siete ojos”); sólo él es digno de leer el libro (o sea, de revelar, de proclamar, de realizar el proyecto divino de salvación para los hombres).

2.2 Mensaje

El personaje fundamental de este pequeño extracto que se nos propone como segunda lectura es “el cordero”. Es un símbolo utilizado por el autor del Libro del Apocalipsis para hablar de Jesús. El símbolo del “cordero” es un símbolo con una gran densidad teológica, que concentra y evoca tres figuras: la del “siervo de Yahvé”, figura de inmolación, que, cuan manso cordero es llevado al matadero (Is 53,6-7; cfr. Jr 11,19; Hch 8,26-38); la del “cordero pascual”, figura de liberación, cuya sangre fue signo eficaz de la victoria sobre la esclavitud (Ex 12,12-13.27;24,8; cfr. Jn 1,29; 1 Cor 5,7; 1 Pe 1,18-19); y la del “cordero apocalíptico”, figura del poder real, vencedor de la muerte (esta imagen es característica de la literatura apocalíptica, donde aparece un cordero vencedor, guía del rebaño, dotado de poder y de autoridad real, cf. Primer libro de Henoc, 89,41-46; 90,6-10.37; Testamento de José, 19,8; Testamento de Benjamín, 3,8; Targúm de Jerusalén sobre Ex 1,5). El autor del Apocalipsis presenta, por tanto, de una manera original y sintética, la plenitud del misterio de inmolación, de liberación y de victoria regia, que corresponde a Cristo muerto, resucitado y glorificado.

El “cordero” (Cristo) es entronizado: él asumió la realeza y se sentó en el mismo trono de Dios. Ahí, recibe todo el poder y la gloria divina. La entronización regia de Cristo, punto culminante de la aventura divino-humana de Jesús, desencadena un verdadero torrente de alabanzas: de los vivientes, de los ancianos (vv. 5-8) y de los ángeles (vv. 11-12). Y todas las criaturas (v. 13), hasta de los lugares más escondidos de la tierra, unen sus voces para alabarlo. El Templo donde resuenan estas incesantes aclamaciones ensanchó sus límites y tiene, ahora, las dimensiones del mundo. Es una liturgia cósmica, en la que la creación entera celebra a Cristo inmolado, resucitado, vencedor y hace de él el centro del “cosmos”.

2.3 Actualización

La reflexión de esta lectura puede prolongarse a partir de las siguientes líneas:

■ El mensaje final del Libro del Apocalipsis puede resumirse en la frase: “no tengáis miedo, nuestra liberación está a punto de llegar”. Es un mensaje “eterno”, que vitaliza nuestra fe, que renueva nuestra esperanza y que fortalece nuestra capacidad de enfrentarnos a la injusticia, al egoísmo, al sufrimiento, al pecado. Ante este “cordero” vencedor, que nos trajo la liberación, los cristianos vemos renovada nuestra confianza en ese Dios salvador y liberador en quien creemos.

■ Esta “liturgia” celebra a Cristo, aquél que venció a la muerte, que resucitó, que nos presentó el plan liberador de Dios en nuestro favor y que, hoy, continúa dando sentido a nuestros dramas y a nuestros sufrimientos, iluminando la historia humana con la luz de Dios. ¿Él es, de hecho (como esta liturgia nos lo presenta), el centro, la referencia fundamental alrededor de la cual todo se construye? ¿Somos conscientes de esta centralidad de Cristo en nuestra experiencia de fe? ¿Manifestamos nuestra gratitud, uniendo nuestra voz a la alabanza de la creación entera?

3. Evangelio: Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 1—19

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar.» Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo.» Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?» Ellos contestaron: «No.» Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.» La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: «Es el Señor.» Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger.» Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice: «Vamos, almorzad.» Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos. Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Jesús le dice: «Apacienta mis corderos.» Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Él le dice: «Pastorea mis ovejas.» Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero.» Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras.» Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme.»

3.1 Ambientación

El último capítulo del Evangelio según Juan no forma parte de la obra original (la obra original terminaba con la conclusión de 20,30-31); es un texto añadido posteriormente, que presenta diferencias de lenguaje, de estilo e incluso de teología, en relación con los otros veinte capítulos del libro. Su origen no es claro; no obstante, la existencia de algunos rasgos literarios típicamente joánicos podrían hacernos pensar en un añadido realizado por los discípulos del evangelista.

En este capítulo, ya no se ofrecen noticias sobre la vida, la muerte o la resurrección de Jesús. Los protagonistas son, ahora, un grupo de discípulos, dedicados a la actividad misionera. El autor describe la relación que esta “comunidad en misión” tiene con Jesús, reflexiona sobre el lugar de Jesús en la actividad misionera de la Iglesia y señala cuáles son las condiciones para que la misión dé frutos.

3.2 Mensaje

El texto está claramente dividido en dos partes.

La primera parte (vv. 1-14) es una parábola sobre la misión de la comunidad. Utiliza el lenguaje simbólico y tiene carácter de “signo”.

Comienza presentando a los discípulos: son siete. Representan a la totalidad (“siete”) de la Iglesia, comprometida en la misión y abierta a todas las naciones y a todos los pueblos.

Esta comunidad es presentada pescando: bajo la imagen de la pesca, los evangelios sinópticos representan la misión que Jesús confía a los discípulos (cf. Mc 1,17; Mt 4,19; Lc 5,10): liberar a todos los hombres que viven sumergidos en el mar del sufrimiento y de la esclavitud. Pedro preside la misión: es él el que toma la iniciativa; los otros le siguen incondicionalmente. Aquí se hace referencia al lugar preeminente que Pedro ocupaba en la animación de la Iglesia primitiva.

La pesca se realiza durante la noche. La noche es el tiempo de las tinieblas, de la oscuridad: significa la ausencia de Jesús (“Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo”, Jn 9,4-5). El resultado de la acción de los discípulos (de noche, sin Jesús) es un fracaso rotundo (“sin mí, nada podéis hacer”, Jn 15,5).

La llegada de la mañana (de la luz) coincide con la presencia de Jesús (él es la luz del mundo). Jesús no está con ellos en la barca, sino que está en tierra: él no acompaña a los discípulos en la pesca; su acción en el mundo se ejerce por medio de los discípulos. Concentrados en su esfuerzo inútil, los discípulos no reconocen a Jesús cuando él se presenta. El grupo está desorientado y decepcionado por el fracaso, puesto en evidencia por la pregunta de Jesús (“Muchachos, ¿tenéis pescado?”). Pero Jesús les da indicaciones y las redes se llenan de peces: el fruto se debe a la docilidad con la que los discípulos siguen las indicaciones de Jesús. Se subraya que el éxito de la misión no se debe al esfuerzo humano, sino a la presencia viva y a la Palabra del Señor resucitado.

El sorprendente resultado de la pesca hace que un discípulo lo reconozca. Este discípulo, el discípulo amado, es aquel que está siempre cerca de Jesús, en sintonía con Jesús y el que realiza, de forma intensa, la experiencia de amor hacia él: sólo quien hace esa experiencia es capaz de leer los signos que identifican a Jesús y percibir su presencia en la vida que brota de la acción de la comunidad en misión.

Los panes con los que Jesús acoge a los discípulos en tierra son signo del amor, del servicio, de la solicitud de Jesús por su comunidad en misión en el mundo: hay aquí una alusión a la eucaristía, al pan que Jesús ofrece, a la vida con la que él continúa alimentando a la comunidad en misión.

El número de los peces capturados en la red (153) es de difícil explicación. Es un número triangular, que resulta de la suma de los números uno a diecisiete. El número diecisiete no es un número bíblico... Pero el diez y el siete sí lo son: ambos simbolizan la plenitud y la universalidad. Otra explicación fue dada por San Jerónimo... Según él, los naturalistas antiguos distinguían 153 especies de peces: así, el número haría alusión a la totalidad de la humanidad, reunida en una misma Iglesia. En cualquier caso, significa totalidad y universalidad.

En la segunda parte del texto (vv. 15-19), Pedro confiesa por tres veces su amor a Jesús (durante la pasión, el mismo discípulo negó a Jesús por tres veces, rechazando de esa forma “embarcarse” con el “maestro” en la aventura del amor que se hace don). Pedro, recordémoslo, fue el discípulo que, en la última cena, se negó a que Jesús le lavara los pies porque, para él, el mesías debía ser un rey poderoso, dominador, y no un rey de servicio y que entregara su vida. En ese momento, al pensar en términos de superioridad y de autoridad, Pedro mostró que aún no comprendía que la ley suprema de la comunidad de Jesús es el amor total, el amor que se hace servicio y que llega hasta la entrega de la vida. Jesús dice claramente a Pedro que quien tiene una mentalidad de dominio y de autoridad no tiene cabida en la comunidad cristiana (cf. Jn 13,6-9).

La triple confesión de amor solicitada a Pedro por Jesús corresponde, por tanto, a una invitación a que él cambie definitivamente la mentalidad. Pedro es invitado a comprender que, en la comunidad de Jesús, el valor fundamental es el amor; no existe verdadera adhesión a Jesús, si no se está dispuesto a seguir ese camino de amor y de entrega de la vida que Jesús realizó. Sólo así Pedro podrá “seguir” a Jesús (cf. Jn 21,19).

Al mismo tiempo, Jesús confía a Pedro la misión de presidir a la comunidad y de animarla; pero le invita también a descubrir dónde reside, en la comunidad cristiana, la verdadera fuente de autoridad: sólo quien ama mucho y acepta la forma del servicio y de la donación de la vida podrá presidir la comunidad de Jesús.

3.3 Actualización

Considerad, para la reflexión y la actualización de la Palabra, las siguientes indicaciones:

- El mensaje fundamental que brota de este texto nos invita a constatar la centralidad de Cristo, vivo y resucitado, en la misión que nos fue confiada. Podemos esforzarnos mucho y dedicar todas las horas del día al esfuerzo de cambiar el mundo; pero, si Cristo no estuviera presente, si no escucháramos su voz, si no oyéramos sus propuestas, si no estuviésemos atentos a la Palabra que él continuamente nos dirige, nuestros esfuerzos no tendrían ningún sentido y no tendrían ningún éxito duradero. Es necesario tener la conciencia nítida de que el éxito de la misión cristiana no depende del esfuerzo humano, sino de la presencia viva del Señor Jesús.
- Es preciso tener, también, la conciencia de solicitud y de amor del Señor que, continuamente, acompaña nuestros esfuerzos, los anima, los orienta y que reparte con nosotros el pan de vida. Cuando el cansancio, el sufrimiento, el desánimo tomen posesión de nosotros, él estará allí, dándonos el aliento que nos fortalece. Es necesario tener conciencia de su constante presencia, amorosa y vivificadora a nuestro lado y celebrarla en la eucaristía.
- La figura del “discípulo amado”, que reconoce al Señor en los signos de vida que brotan de la misión comunitaria, nos invita a ser sensibles a los signos de esperanza y de vida nueva que acontecen a nuestro alrededor y a ver en ellos la presencia salvadora y vivificadora del resucitado. Él está presente, vivo y resucitado en cualquier lugar en donde haya amor, solidaridad, donación que generan vida nueva.
- El diálogo final de Jesús con Pedro llama nuestra atención hacia una dimensión esencial del discipulado: “seguir” al “maestro” es amar mucho y, por tanto, ser capaz de andar, como él, el camino del amor total hasta la entrega de la vida.
- En la comunidad cristiana, lo esencial no es la exhibición de la autoridad, sino el amor que se hace servicio, a ejemplo de Jesús. ¿Las vestiduras púrpuras, los tronos, los privilegios, las dignidades, los signos de poder favorecen y hacen más visible lo esencial (el amor que se hace servicio), o alejan y asustan a los pobres y a los débiles?

ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA EL 3º DOMINGO DE PASCUA

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al Domingo de Pascua, procurad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo... Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo eclesial, en una comunidad religiosa...

2. El rito de la aspersión y la lectura del Evangelio.

Subrayad el rito de la aspersión. Durante todo el tiempo pascual, que es un tiempo bautismal, intentad privilegiar el rito de la aspersión: bendición del agua, aspersión para recordar nuestro bautismo, pidiendo a Dios que nos mantenga fieles al Espíritu que recibimos...

El Evangelio dialogado. La escena descrita en el Evangelio de hoy se presta a una lectura dialogada: narrador, Jesús, Pedro, los discípulos, el discípulo que Jesús amaba.

3. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina), se puede prolongar el momento de la acogida de las lecturas con una oración.

Al final de la primera lectura: “Dios de nuestros Padres, a ti que resucitaste a tu Hijo Jesús, te damos gracias por el testimonio del Espíritu Santo y de los Apóstoles, que son los fundamentos de nuestra fe en Jesús, nuestro Señor y Salvador. Te pedimos, por tu Espíritu, que ilumines nuestra conciencia para que tengamos siempre el coraje de obedecerte más a ti que a los hombres.

Al final de la segunda lectura: “Padre, te damos gracias con las multitudes que están junto a ti: a aquél que está sentado en el Trono y al Cordero, poder y sabiduría y fuerza, bendición, honra, gloria y alabanza por siempre. Te pedimos por nuestros hermanos que sufren y pierden el coraje en las pruebas y persecuciones. Que la visión del Cordero vencedor les permita levantar la cabeza.

Al finalizar el Evangelio: “Jesús resucitado, te damos gracias por el perdón concedido a Pedro, por la continuación de la pesca que confías a tu Iglesia y por el banquete que nos preparas en la otra orilla, junto a ti. Cuando te digamos que “vamos contigo”, manténnos firmes en nuestra fe y fieles para seguirte por los caminos por los que tú nos precediste.

4. Plegaria Eucarística.

Se puede elegir la Plegaria Eucarística I, en la que se alude a la introducción en la comunidad de los bienaventurados Apóstoles y Mártires, de Pedro y de Juan, de Juan Bautista...

5. Palabra para el camino.

Manifestar mi fe de bautizado...

Creer en Jesús resucitado implica testimoniarlo. Eso era verdad hace 2000 años. Todavía hoy es verdad...

En mi vida cotidiana: familia, trabajo, colegio, universidad, barrio... ¿qué arriesgo en nombre de mi fe en Cristo?

Esta semana, si la ocasión se presenta, ¿con qué palabras y con qué gestos voy a manifestar mi compromiso de bautizado?

“Pedro, ¿me amas verdaderamente?”

¡Creer es verdaderamente una historia de amor en lo cotidiano!

Sacerdotes del Corazón de Jesús (Padres Reparadores)

www.scj.es